

NO SE VE LA SALIDA

CARLOS ELORDI

EL equipo económico del Gobierno se ha dedicado intensivamente en los últimos días a las relaciones públicas, a promocionar su programa. Para algunos comentaristas el esfuerzo llega tarde, a otros les parece insuficiente y algunos, por fin, lo han criticado abiertamente. Parece que al equipo de Fuentes Quintana, a pesar de todos sus esfuerzos, no le va bien con la prensa. Con la "tele" ya es otra cosa.

En un tono más distante que en su anterior intervención, pero más tranquilo, más dominador que entonces, el cabeza de fila del equipo, al que no desinteresadamente algunos medios se empeñan en llamarle profesor, habló al país el pasado jueves. Explicó la lógica interna de su programa: la inevitabilidad de la devaluación, sus efectos positivos en estos primeros días tras de la medida, las también inevitables subidas de precios. Y vino a concluir que esa lógica interna exigía la moderación en el crecimiento de las rentas.

En definitiva, nada nuevo. Quienes critican lo tardío del esfuerzo señalan que han pasado demasiadas cosas, y muy importantes, desde su anterior intervención en Televisión, cosas que habrían merecido la explicación del más alto dirigente económico. Que no tiene demasiado sentido venir a hablar el 5 de agosto de una devaluación que se ha producido veinte días antes, cuando además la devaluación y la subida de precios consiguiente han sido acontecimientos que han impactado claramente a la opinión pública.

Por tanto, si se había dejado escapar esa oportunidad, o si se había declinado abiertamente la posibilidad de enfrentarse al país tras de las impopulares medidas —tal vez para evitar precisamente que la impopularidad creciera—, cuando ha llegado la hora de utilizar las cámaras de Televisión se podría haber sido más claro que el pasado jueves: o por lo menos, decir algo nuevo.

¿Por qué no ha sido así? sencillamente porque el Gobierno no tiene nada nuevo que decir —esperemos que sea por ahora tal y como señaló Fuentes—. Que con la devaluación, las subidas de precios, las medidas financieras y la presentación en Cortes de sus medidas fiscales se ha acabado por ahora el repertorio. La política monetaria,

la Bolsa y, sobre todo, su política de rentas vendrán después, si se puede.

Al día siguiente, Fernández Ordóñez reunía a los periodistas especializados en una comida en la que, a iniciativa del ministro, la mayor parte de los temas tratados estuvieron "off the record", es decir, quedaba vedada su publicación. No es que se suscitaban temas nuevos tras de ese telón informativo, sino que al ministro no le interesaba ver publicados algunos comentarios, matizaciones y adjetivos en relación con los temas fiscales.

Las medidas fiscales, aguadas

Lo demás, lo publicable, como buena parte de lo ocultado, fue un mensaje a la derecha económica, pidiendo su comprensión para las medidas fiscales que el martes 9 se presentarán a la comisión de Hacienda del Congreso. Y a fuerza de dorar la píldora a quienes teóricamente habrían de pagar dichas medidas, éstas están perdiendo fuerza: para empezar, su repercusión económica, según se informó en la reunión, no va a ser tan grande como alguien pudo pensar en un principio: a lo sumo, 22.000 millones de pesetas, cantidad que comparada con el total de ingresos fiscales (956.000 millones en 1977, según las cifras del presupuesto) adquiere su verdadera y reducidísima dimensión.

Pero estas medidas, en la óptica de Fernández Ordóñez, no son sino un pórtico de la auténtica reforma fiscal, que habrá de venir en el próximo otoño: un pórtico "que yo no quiero utilizar como baza para ganar los favores de la izquierda", según dijo el ministro. Y un pórtico técnicamente necesario, siempre según sus palabras: sin moratoria, condición previa para la reforma, sin posibilidad de investigar las cuentas corrientes a efectos fiscales, sin la tipificación del delito fiscal, no podrían darse los pasos posteriores en la línea de la reforma de los impuestos indirectos, del impuesto general sobre la renta o del de sucesiones.

Es un planteamiento coherente, hasta aquí, y las reacciones de la derecha económica no engañan al respecto: días antes, Fernández Ordóñez se había reunido con los presidentes de

los Bancos en el mismo local en que comía con los periodistas, con el fin de tranquilizar respecto de la trascendencia de las medidas fiscales. En palabras del ministro no se habló de los problemas de la Bolsa ni de la actitud de los banqueros respecto a las tensiones crediticias de las últimas semanas: se habló sólo de cuestiones fiscales.

Sin duda, esa derecha ha ejercido en los últimos días serias presiones para "mejorar" el proyecto de Ley de medidas fiscales. Es curioso comprobar

cómo la Bolsa, gracias a la actividad de las sociedades de cartera de esos grandes Bancos, se ha reactivado precisamente después de la comida de Fernández Ordóñez con los banqueros. Y a fuerza de presiones, las medidas fiscales han quedado notablemente aguadas.

La moratoria corre el riesgo de convertirse en una auténtica amnistía fiscal y no para hacer, una vez terminado el plazo, el borrón y cuenta nueva en el paraíso fiscal, sino, a lo mejor, para arañar ligeramente algunos privilegios. El delito fiscal, que tantos sustos dio cuando empezó a hablarse de él, ha terminado convirtiéndose en una especie de "hombre malo" con el que se asusta a los niños, pero que nunca aparece: y llega un momento en que los niños lo saben.

La supresión de las sociedades interpuestas, la creación de



un impuesto extraordinario sobre el patrimonio y de otro extraordinario sobre las rentas por encima de dos millones anuales son medidas cuya efectividad a la hora de acabar con los increíbles privilegios existentes son por lo menos dudosas.

En relación con la primera de ellas —la supresión de sociedades interpuestas—, las empresas que hoy defraudan a través de ese mecanismo siguen teniendo abiertas las posibilidades para escaparse de la presión fiscal: el Ministerio de Hacienda carece de un cuerpo de inspectores fiscales suficientemente amplio y preparado como para entrar en los complejos vericuetos de la defraudación que practican las empresas: se van a ampliar las plantillas, dice el ministro, y las oposiciones se convocarán en cuanto lo apruebe el Congreso, pero el proceso de formación tiene que ser ne-

cesariamente lento; además, la formación que se exige para poder entrar en los complejos caminos del fraude no es sólo académica; no basta con superar una oposición, hay que haber vivido el mundo de la empresa, trabajado, y no sólo unos meses, en ellas. Y el problema afecta también a los miembros de los actuales cuerpos de inspección.

De los impuestos extraordinarios sobre el patrimonio y los rendimientos del trabajo personal más altos ilustra la escasez de los ingresos previstos por estos conceptos: 15.000 millones para el primero y 3.000 para el segundo.

Declamos que la cosa se está quedando bastante aguada y el análisis pormenorizado que harán los diputados a partir del martes se encargará de demostrarlo: eso por no hablar de los retoques que se harán en el Parlamento y de la lentitud del me-

canismo de las Cortes, que retrasará notablemente la entrada en vigor de lo positivo que tienen las propuestas fiscales.

Los grandes mandan

El problema se centra, pues, una vez más, en el sentido político que las medidas fiscales tienen dentro de la lógica del programa del Gobierno: fueron concebidas para atraer los favores de la izquierda, como compensación para las clases trabajadoras a cambio de la austeridad económica. Y así fueron más o menos aceptadas por una parte de la derecha económica. Pero con la condición de que el Gobierno no se pasara en este terreno. Y cuando se ha sospechado que así podía ocurrir, han empezado las presiones; la patética intervención de Fernández Ordóñez ante las cáma-

ras de Televisión era bien explicativa de que el ministro de Hacienda, cuyo público es la derecha, no lo olvidemos, estaba pidiendo permiso a los grandes: así de claro.

El tema se plantea por tanto en sus exactas dimensiones: el objetivo central del Gobierno es acordar un control salarial con las centrales sindicales y con la izquierda. Está claro que la promesa de una reforma fiscal —que en definitiva es un intento de racionalización del capitalismo, tal y como decía Botín y Sáez de Satuola en la Junta General del Banco de Santander— es compensación para estas fuerzas. De entrada, éstas se han negado a aceptar la propuesta de una elevación salarial de 50.000 pesetas lineales. Y piden como contrapartida un programa de lucha contra el paro —a través del aumento del seguro de desempleo para em-



NO SE VE LA SALIDA

pezar— y de mantenimiento de la demanda global —a través de un aumento de las pensiones y del mínimo exento del IRTP—, cuya cuantía supera los 500.000 millones de pesetas. ¿De dónde se saca ese dinero? Con el planteamiento de la política económica que ha hecho el Gobierno está claro que de ninguna parte, si no es dando a la máquina de hacer billetes y avivando la inflación. El acuerdo, en contra de lo que creen los optimistas, ni es fácil ni previsible a la luz de los datos actuales.

Sencillamente porque la lógica de la derecha —explicitada en el programa del Gobierno, aunque éste represente a la derecha más dinámica— y la lógica de la izquierda son radicalmente distintas. Por eso de que existe, aunque no se diga, la lucha de clases. El plan económico de urgencia tiene por objetivo principal resolver los temas más acuciantes de la crisis, al tiempo que se racionalizan los déficits más flagrantes del capitalismo español... y en beneficio de ese capitalismo, aunque de ello sufran algunos hombres de la derecha: tratar de hacer una reforma fiscal, eliminar el proteccionismo y los circuitos financieros, racionalizar el papel del Estado en la economía —en noviembre se presentará, en esta línea, un presupuesto total del sector público—, etcétera, son instrucciones en esta línea.

En definitiva, se trata de eliminar los residuos corporativistas y clientelares del franquismo. Pero el poder del gran capital no va a ser arañado: eso está claro. Entre otras cosas, porque UCD ha ganado las elecciones gracias a ese capital, tal vez en su facción más dinámica, que no ha apoyado al Gobierno y colocando en él a sus hombres para que éste atente contra sus intereses. Y así, sobre esta base, no va a ser posible entenderse con la izquierda, con las centrales sindicales.

Para salir de la crisis, el Gobierno pide sacrificios: y se lo pide a unos trabajadores cuyo peso social en la economía del país no va a alterarse lo más mínimo si ese plan de urgencia sale bien. A unos trabajadores que saben que el poder de la oligarquía va a fortalecerse.

Lo decíamos en un anterior artículo: la derecha está expectante, no enfrentada con el Gobierno. Algunos sectores, tan importantes como puede ser algún exponente de la gran Banca, no comparten esa expectativa y atacan al Gabinete, como se ha podido ver en los últimos días en el cierre del descuento de papel practicado por cierta

entidad —y desmentido por el Consejo Superior Bancario— y en el descenso de la Bolsa. Pero en general, los Bancos, que indudablemente están restringiendo la marcha de la concesión de créditos, eso sí, no están frente a su Gobierno. Le exigen que controle el proceso democrático sin excesos y que consiga un acuerdo con los sindicatos. Si eso no ocurre —y con una cartera de pedidos 36 puntos por debajo del nivel normal—, la cosa se va a poner muy fea, aunque algunos creen que eso no va a ocurrir: la desestabilización, en serio y no marginalmente como hasta ahora —a lo peor con una huelga de inversiones—, puede ser un hecho a medio plazo.

No hubo ruptura económica

Las centrales sindicales no quieren cargar con el mochuelo de ser ellas quienes salven al capital de su crisis profunda de estos días. El capital no quiere perder privilegios —hasta una minireforma fiscal les pone de uñas—. ¿Cómo salir? Por el momento, no hay respuesta. Y el mantenimiento de esa incógnita es otro de los precios que hay que pagar por la "sui generis" vía española hacia la democracia: el hecho de que no se haya producido una ruptura política neta, el hecho de que los franquistas o quienes se beneficiaron del franquismo estén ahí, disfrutando de todos sus privilegios, y el hecho de que no los quieran perder explica buena parte de las tensiones actuales.

Por último, veamos la situación en el frente exterior. Se ha dejado de hablar de los apoyos financieros del extranjero; ya no se habla de los planes Marshall. La única referencia es el artículo del "Wall Street Journal", al que sin mencionarlo Fuentes Quintana dedicó un buen párrafo de su última intervención televisada cuando citó extensamente la positiva acogida del Fondo Monetario Internacional a la devaluación para contrapesar lo anterior. ¿Es significativo el artículo? Bastante. Porque indica que el capital extranjero está también a la expectativa y ve con preocupación cómo se están desarrollando las cosas en España. Y todo indica que hasta que no empiece a haber datos positivos en la economía no habrá ese apoyo tan deseado que es una especie de arma secreta que por ahora no puede utilizar, pero que aún tiene el Gobierno.

Si los expedientes de crisis, el descenso de la demanda y la producción constituyen la tónica de la actividad de las empresas, la incertidumbre y la grave preocupación son, o deberían ser, las notas dominantes en el ambiente político a la hora de observar los problemas económicos. No se ve la salida. Así de claro. O de oscuro. ■ C. E.

Los
Contem
pora
neos

DON ERNESTO BROTA DE LA OSCURIDAD

HOLA, hola, don Ernesto! —¿Conque estaba usted aquí?—. Son versos de "El Gran Galeoto". Y aquí estaba don Ernesto Giménez Caballero: "Aquí estaba, por lo visto. — Por lo visto, no, ¡por Cristo!, que en las sombras no se ve". De las sombras sale de cuando en cuando, de una Embajada oscura y lejana ("¿Cómo no habrá usted sido ministro, Ernesto?", le pregunto una vez Franco en Lisboa; y lo curioso era que el preguntante era el único que podía haber respondido), el hombre que se inventó el fascismo. El hombre que quería que la Falange se llamase Falanjo, que es más viril (no le escucharon, y así terminó la cosa). Brota ahora en una polémica con Luis Calvo, buenos proistas, y resabidos los dos, en la que surgen Agenor y Phoenix, y Santiago Carrillo y Berlinger. Brota en la noche en la pantalla de televisión. ¡Hola, hola, don Ernesto! (1).

He aquí su tesis: que el eurocomunismo es otra vez el fascismo. ¿Será posible? Hay que temerlo: estos visionarios siempre aciertan. A mí no me asombra demasiado. Hace muchos años, Giménez Caballero y yo éramos compañeros de viaje exacto de la palabra: viaje en autobús por la línea fronteriza entre la zona soviética y la americana de Alemania. En plena guerra fría. Se evocó la posibilidad de que el autobús se equivocase de ruta y entrara en la zona soviética. ¿Podría ser capturado Giménez Caballero, del que se decía que figuraba en la lista de criminales de guerra de los soviéticos? Giménez Caballero meditó un poco la cuestión, y después explicó que todo, si se produjese el caso, se resolvería perfectamente para él. "Comunistas y fascistas somos iguales", dijo, y lanzó su teoría. Imagino que le brotó entonces. Las teorías brotan siempre de un apuro y duran toda una vida.

Don Ernesto, por lo visto —¡por Cristo!— estaba aún aquí, en este planeta de los simios en que se va convirtiendo velozmente la vida española, en este mundo al revés, como en las viejas aletuyas. Es curioso que este período que parecería ser el del olvido del fascismo vaya sacando adelante nombres dormidos. No es como si todo estuviera cambiando hacia adelante: es como si estuviera cambiando hacia atrás y todo volviera a empezar. Con don Ernesto volviéndose a inventar otra vez el fascismo español: debe pensar que hace falta. Pero ahora se lo deja inventar a don Santiago: el social-fascismo, que dirían los chinos. Que a su vez están sacando del baúl de los cadáveres a los viejos olvidados y purgados —¿inventó también don Ernesto lo del aceite de ricino, el pelo cortado y la buena porra?—: el ciclo que no cesa. El mar del tiempo, "toujours recommencé". ¿La condena a repetir el pasado? Aquí brota otra vez, memorialista, don Ramón Serrano-Súñer. Entra y sale de las sombras, más Galeoto que nadie, don José María Gil-Robles, y aquí aparece en sus pelos negros de tragediante doña Dolores Ibarruri. Y por allá salta Alcázar de Velasco, y donde menos se piensa habla doña Pilar Primo de Rivera.

"Los viejos soldados nunca mueren", dicen en el Ejército americano. Es un trozo de poema, quizá de Logfellow, quizá no (el que lo sabe es don Luis Calvo). Y añade que "se desvanecen": "fade away". Pero eso es allí. Aquí se convalecen. Y se convalidan. Es un país de convidados de piedra. Y aquí está don Ernesto, otra vez con sus enredijos, con la blandura y la elasticidad de su verbalismo superrealista para añadir confusión a la confusión. ¡El que faltaba!, dijo uno al leer su artículo en "ABC". Un hombre de este tiempo, de trabalenguas y volapuk oficial. No ha cambiado nada. (Un personaje de Brecht dijo a otro: "No ha cambiado usted nada". Y el otro —dice Brecht— "empalideció".)

(1) En páginas 32-34, entrevista de Ernesto Giménez Caballero con Fernando Lara.

POZUELO